

Lila Caimari

***La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia.*
Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2017, 144 págs.**

La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia, de la argentina Lila Caimari, es un libro atípico dentro de la reflexión historiográfica latinoamericana de los últimos años. Interesado en indagar en el trabajo de los historiadores al interior de los archivos y fondos documentales, el libro está compuesto por una serie de descripciones, conjeturas y análisis de las prácticas cotidianas de quienes ejercen el oficio de la investigación histórica. En este trabajo existe un complejo intento por comprender y transmitir la rica trastienda de las pesquisas desarrolladas en archivos, centros de documentación, hemerotecas y bibliotecas físicas y digitales. Como era de esperar, la mayor parte de los análisis toma como punto de partida sus propias vivencias como historiadora, especializada en la investigación del crimen y las cárceles, la crónica roja periodística, las policías, la vigilancia urbana y las prácticas judiciales en Buenos Aires.

En la introducción, Caimari explicita el objetivo de su proyecto, preguntándose por las operaciones de búsqueda, acopio, selección, jerarquización, re-organización y renuncia que subyacen a toda escritura. No es casualidad que la autora haya escogido a *La escritura de la historia* de Michel De Certeau (1999) para ayudarnos a comprender su propósito. Su figura del historiador como *poeta del detalle* -y también del descarte, podríamos agregar- sintetiza las continuas idas y venidas que significa el trabajo con fuentes documentales, así como la difícil y meticulosa tarea de hacer madurar un argumento y llevarlo a una versión escrita. Desde esta lógica, la autora se decide a colocar en escena “lo que *pasa* en el contacto con los materiales, las maneras en que esa experiencia se mezcla, contamina y transforma” (15). Piezas, hebras y partículas, son conceptos que utiliza para referirse a los materiales que van cons-

truyendo el archivo propio que cimenta cualquier pesquisa histórica.

El libro está compuesto por diez textos de distinto registro, escritos en diferentes contextos durante los últimos diez años. También es una publicación que se aleja del tradicional tono de aparente neutralidad escrita, cada vez más exigido dentro del régimen académico productivista. En ese sentido, llama la atención la capacidad de Caimari -y seguramente también de la editora del libro, Caty Galdeano- para hacer congeniar escrituras tan diferentes entre sí al interior de la misma compilación. Si en algunos de los capítulos predominan narraciones en primera persona donde el relato autobiográfico se mezcla con la descripción etnográfica, otros textos toman el formato de crónicas, escritas a partir de los tantos cuadernos de notas que debe haber llenado en diferentes salas de consulta y archivos. La historiadora nos muestra algunos de los caminos escogidos en sus investigaciones (así como también cómo fueron surgiendo los desvíos que la llevaron a escribir otros artículos o a modificar el rumbo de algún capítulo) a través de ensayos, notas de campo, críticas metodológicas y propuestas de investigación. Asimismo, existe a lo largo del libro un esfuerzo por evidenciar el trabajo en archivo como una actividad mucho más colectiva de lo que parece desde afuera. Investigaciones que se alimentan de la recomendación de un fondo documental específico por parte de algún colega, la colaboración de al-

guna bibliotecaria o el intercambio de experiencias en un encuentro de investigadores son algunos de los ejemplos que la autora da para demostrar que los trabajos particulares avanzan también gracias a la red de conocimientos compartidos en el espacio del archivo.

A pesar de que el crítico Damián Tabarovsky¹ desestime la necesidad del subtítulo para el libro -es cierto, puede ser excesivamente largo-, en él están contenidos varios de los elementos que la autora considera como definatorios de la práctica misma del trabajo en el archivo, así como de sus resultados mediatos e inmediatos. La referencia a David Lowenthal dentro del penúltimo de los ensayos -el pasado como “un país extranjero en sus ritmos y modulaciones” (114)-, da cuenta del desafío de comprensión, traducción e interpretación inherente a cualquier visita al archivo, que no es sino un intento por recabar piezas que sirvan para comprender procesos, voces, sentidos y circunstancias históricas específicos. En distintos pasajes del libro la autora utiliza las palabras piezas, hebras y partículas para referirse a las documentos que una vez hallados van construyendo un archivo propio. Esta

1 Tabarovsky, Damián. “El Libro de la Semana: “La vida en el archivo”, de Lila Caimari”. Agencia Telam, 19 de Mayo de 2017. Visitado el 29 de Julio de 2018. <http://www.telam.com.ar/notas/201705/189647-el-libro-de-la-semana-la-vida-en-el-archivo-lila-caimari.html>.

última categoría es fundamental para comprender el hilo narrativo de todos los textos del libro: pasamos la vida en el archivo construyendo nuestros propios archivos, conjuntos de piezas a los que acudimos regularmente para conseguir interpretar y comunicar.

El trabajo en el archivo no estaría exento de dificultades, más allá de, por ejemplo, las inherentes complicaciones semánticas para hallar la frase o el concepto justo en la búsqueda en bases de datos físicas o digitales. Varios de sus análisis están relacionados con la disponibilidad de material, pero también con las posibilidades que abren la digitalización y la nueva realidad de administrar la abundancia. Es importante advertir que este no es un libro sobre archivística y prácticas de conservación, así como tampoco un análisis de las políticas de resguardo de materiales impresos. Sin embargo a lo largo del texto la autora nos señala cuestiones críticas con las que deben lidiar continuamente los historiadores. Más que textos de denuncia sobre las prácticas de instituciones particulares, los escritos de Caimari van delineando los códigos, mecanismos e intereses que sostienen este campo social, explicando lógicas de resguardo, así como algunas potestades de los encargados de los archivos -así como de los investigadores- para hacer frente a las tediosas burocracias, recortes presupuestarios e incluso precariedades físicas de los edificios donde se resguardan los documentos. A través de algunos ejemplos

la autora describe algunas situaciones en donde se lidia con la precariedad y la incertidumbre. En esa línea están muy bien descritas las estrategias de compra de libros a través de Mercado Libre a la que cada tanto debe acudir la autora, o el incesante sonido de la cámara fotográfica de un investigador que registra todas las páginas de un tomo, a sabiendas que puede ser la última vez que tenga acceso a él, pues intuye que en cualquier momento sale de circulación.

Caimari va construyendo un relato de sus propias prácticas -así como las de colegas con quienes circunstancialmente ocupó mesas en alguna hemeroteca-, de aquellos procedimientos que le permiten urdir una trama de sentido capaz de sostener posteriormente una narración convincente. La autora admite que aquellos descubrimientos de archivo -metódicos, pero a veces también azarosos- también se prestan para desvíos. Lejos de verlos como un defecto, “la mejor cosecha de archivo es la que admite un margen amplio para las fugas” dice, ve en ellos una oportunidad para pensar rumbos alternativos o pistas para investigaciones futuras. Inclusive relata haber escrito un artículo sobre el material hallado en la deriva, de manera de conseguir trabajar con mayor libertad en el argumento central y así destinar su “energía investigativa” hacia un solo lugar. La vida en el archivo sería una tarea de interminables idas y venidas, donde algunos materiales encontrados

sirven para proyectos a futuro, algunos de ellos ni siquiera aún imaginados. Asimismo, las derivas tendrían un potencial anti-productivista, en el sentido de romper con la lógica de las imposiciones externas que constantemente ejercen presiones sobre los rumbos de las investigaciones.

Uno de los ensayos más interesantes del libro está referido al giro digital de los archivos, enfocado en las nuevas condiciones de investigación sobre cuestiones criminales que ha enfrentado la autora durante la última década. Esta nueva época estaría marcada por dos situaciones, que han transformado radicalmente el trabajo en archivos: el acceso a más repositorios institucionales policiales, judiciales y penales, junto a la incorporación de tecnologías digitales a disposición de los investigadores. La conjunción de ambos procesos hizo aparecer aquello que la autora denomina como “nuevos territorios historizables”. Su forma de analizar el nuevo contexto es equidistante de la fascinación tecnológica irreflexiva, como de la nostalgia por el papel como soporte. También se desmarca de una valoración al secretismo de quien custodia una fuente como un tesoro que la historia abrió solamente para él. El soporte digital ofrece soluciones y especialmente cantidades mayores de datos, lo que no implica que por ello sea superior a los archivos físicos. Hay un pasaje interesante del libro donde la autora reivindica la consulta en sala, como un tiempo único de desconexión con el

afuera. Casi como un estado mental, la oportunidad de visitar un archivo físico puede ser para algunos investigadores una posibilidad para comprender mejor las piezas como partes de un conjunto mayor, como una forma de estar más cerca de los lectores originales de esos documentos o una estrategia de conectarse mejor con un clima de época. Si aparentemente esto puede parecer una referencia romántica al trabajo investigativo, lo cierto es que la autora construye el argumento en base a pensar el lugar físico del archivo como un espacio de potencial diferente al medio digital. Este último habilita el acceso simultáneo a bases de datos de diverso origen, lo que aumenta las opciones de estudiar procesos transnacionales, pero al mismo tiempo obliga a pensar cómo ensamblar mayores volúmenes de información sin obviar sus contextos de origen. Caimari nos muestra cómo disponemos en nuestros computadores de enormes cantidades de documentos, y a través de ellos infinidad de accesos a temas y enfoques. Sin embargo, necesitamos capacitarnos en los lenguajes y las lógicas que sustentan a esos documentos, de un modo tal que no caigamos en anacronismos o suposiciones espurias.

La argumentación de Caimari respecto al contexto de masiva digitalización documental plantea un escenario complejo: buena proporción de las iniciativas ha surgido como producto de las acciones de agentes públicos y privados, más que como el resultado de

la adopción de nuevos marcos normativos estatales, capaces de asegurar la accesibilidad a los documentos. Esto quiere decir que, pese al entusiasmo y el enorme esfuerzo de estos agentes, aún existe una brecha respecto a las políticas de disponibilidad. Si bien su impresión puede estar fuertemente relacionada con el tipo de documentos a los que se refiere -generalmente archivos judiciales, policiales y penitenciarios- y por las particularidades de la experiencia argentina de resguardo patrimonial -a pesar de conocer y describir bastante bien la institucionalidad académica francesa y norteamericana a lo largo del libro-, su análisis también puede ser extensible a otros países de la región, donde los proyectos de digitalización aparecen más como iniciativas específicas de algunos organismos del Estado, que como una práctica lo suficientemente extendida al interior del aparato público. Antes que ingenua, su argumentación da cuenta de las complejidades de un camino que avanza irregularmente entre (y al interior de) instituciones académicas, organismos del Estado, representaciones de la sociedad civil y organismos internacionales.

Si Charles Wright Mills hablaba de la imaginación sociológica y la artesanía intelectual a fines de los cincuenta², este libro de Caimari también

podría ser entendido como un ensayo libre de imaginación historiográfica, en el que se intenta reflexionar sobre las prácticas creativas al interior del archivo, ese gran depósito de documentos esperando ser interpelado por los historiadores. En el libro se explora cómo el ejercicio cotidiano de recopilar documentos tiene un componente tan creativo y esencial como la propia escritura, muchas veces entendidos (y practicados) como esferas disociadas de la producción intelectual. Muchas de las referencias al trabajo en archivo fueron tomadas por la autora observando a otros historiadores en su trabajo, en esas tantas horas de “inmersión solitaria y paralela”. De algún modo leer esta síntesis de observaciones funciona como un ejercicio de reflexión de nuestras propias prácticas como investigadores. Asimismo, *La vida en el archivo* es un notable ejercicio por desentrañar y comprender un campo de trabajo, generalmente oculto, insustituible dentro de la línea de producción de un texto. Sin archivo no hay texto. Sin archivo no hay goce, ni tedio ni deriva. Sin archivo no es posible la imaginación historiográfica.

RODRIGO MILLÁN VALDÉS
UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO
BRASIL

2 Wright Mills, Charles. *The sociological imagination*. Nueva York, Oxford University Press, 1959.